

**Santiago  
Córdoba**

# Díganos la verdad



**“--SU VIDA, ¿QUE HA SIDO MAS: DRAMA,  
COMEDIA, SAINETE?...”**

**--UNA VIDA PLACIDA. ¡DRAMA, NUNCA!  
NI SAINETE.”**

## Catalina Bárcena

—Ustedes me pillan siempre de improviso y no digo lo que quisiera decir, sino otras cosas que después, de buena gana, rectificaría.

—Señora, no tengo prisa, diga lo que quiera.

Pero Catalina Bárcena, tan femenina, tan sensual, tan delicada como siempre, alega que hoy, día de estreno, tiene muchos nervios, como siempre también, y no está para pensar.

—¿Cuál fué el estreno de más nervios?

—¡Uf!... En el extranjero.

—¿Por qué?

—Pues porque en España ya me conocían, sabía lo que me exigían; además, allí también influía mucho el idioma...

—¿Representó teatro en más idiomas que el castellano?

—No. He hecho Patria, como me decía el general Primo de Rivera.

—Vamos a ver, ¿usted ha hecho comedias, dramas, sainetes, farsas?...

—De todo.

—Y su vida, ¿qué ha sido más: sainete, comedia o drama?

—Una vida placida; ¡drama nunca! Ni sainete.

—¿Comedia de costumbres?

—Costumbres mías.

—¿Buenas costumbres?

—Naturalmente.

—¿Hizo vida de artista?

—Vida de una mujer con sus preocupaciones naturales. No sé ni mentir. Fuera del escenario no sé mentir, no sé fingir.

—¿En escena no tinge?

—No; siento.

—¿Qué personaje ha sentido mejor?

—No sé.

—¿Los ingenuos?

—No. Aunque la ingenuidad es muy difícil.

—¿Por qué?

—Porque nace de la espontaneidad.



—¿Cómo se ve usted?

—¡Cómo se ve! —suspira.

—Vamos por partes. ¿Soñaba en sus primeros tiempos?

—Nunca soñé con ser primera figura.

—¿Pues a qué aspiraba? ¿Qué se proponía?

—Humanizar los personajes.

—¿Y dónde ha llorado más, en el escenario o fuera?

—Mire usted, en primer lugar en el escenario no se debe llorar.

—¿Por qué?

—De verdad, no. Hay que llegar a dominar la emoción para dar al público la medida justa. Hay que medirse. El único que puede entregarse al lloriqueo es el público.

—Usted, ¿qué hace mejor, llorar o reír?

—Es el autor con la emoción que pone quien nos guía. Si el papel está bien construido, se llora con facilidad. Pero hay autores que cuestan mucho esfuerzo llorar con sus palabras; mas no diré sus nombres.

—¿Quién le hizo llorar mejor?

—Las obras de Gregorio (Martínez Sierra).

—¿No escribió nada usted?

—Pero hubiera sido una buena escritora —interviene su hija Catalina, traductora de “Leyenda de una vida”.

—¿Es muy reflexiva?

—¿Cómo soy, hija?

—Se esmera en todo lo que se propone hacer. Mire, no hay quién haga un baul tan bien como ella.

—No sigamos por ahí —recomienda la protagonista—. Ahora vamos a estrenar y... Pero diga que siempre pienso más en los demás que en mí.

—¿Piensa en las actrices de hoy?

—Las desconozco. En dos años he salido muy poco de casa, y no para ver espectáculos.

—¿A qué aspira usted ya?

—¡Ya..., ya...!

—Bueno, ¿a qué aspira? Tachemos el ya.

—No hago planes.

—¿No tiene un plan hoy? ¡Digamos la verdad!

—Claro, pero no quiero decirselos al público. Cuando se tienen hijos, se tienen planes.

—¿Ha ganado para un buen pasar?

—¡Un buen pasar! —vuelve a exclamar, moviendo la cabeza de arriba abajo.

—Para vivir independiente.

—Sí, gracias a Dios.

—¿Su ilusión hoy?

—Trabajar de cuando en cuando con mi hija.

—¿Por qué trabaja ahora con este grupo de chicos jóvenes?

—Pues mire usted, Gregorio siempre abría las puertas a todos los que empezaban con entusiasmo, disfrutaba codeándose así. Y ahora me pedían que trabajase con una obra de Stefan Zweig. Eran muchos alicientes y muchos deberes. Y, además, al ser patrocinado por la Embajada de Alemania se vuelve a hacer Patria.

—¡Viva!